

JIMÉNEZ AGUILAR, Francisco, *Masculinidades en vertical. Género, nación y trabajo en el primer franquismo*, Universitat de València, València, 2023, 323 pp.

El libro de Francisco Jiménez Aguilar tiene tres elementos importantes para atraer nuestro interés: el primero, que centra su atención en la construcción de las masculinidades durante la guerra civil y el franquismo; el segundo, que esto provoca un acercamiento nuevo al análisis de la construcción y consolidación de la dictadura franquista; y, el tercero, que toda la investigación contribuye a repensar las relaciones de poder entre hombres y mujeres de este período histórico, enriqueciendo, de esa manera, la historiografía de las mujeres y de género. El trabajo de Francisco Jiménez resulta, por todo ello, una aportación interesante y novedosa a la historia de las masculinidades, un territorio de estudios que, en los últimos años, ha demostrado particular vitalidad como lo han puesto de relieve las aportaciones de Nerea Aresti (2010, 2018 y 2020), Xabier Andreu (2021 y 2020) Elia Blanco (2021) y Darina Martykánová y Marie Walin (2023) entre otras. Asimismo, el autor ha partido de los influyentes estudios de Giuliana Di Febo sobre la figura del «monje guerrero» y de Mary Vincent sobre las de los «cruzados» y el «mártir», metáforas de la masculinidad que permitieron al régimen franquista dar sentido al proyecto antirrepublicano, tanto como instituir una concepción jerárquica y paternalista de los sexos donde los hombres fueron simbolizados siempre por encima de las mujeres.

El objetivo de Francisco Jiménez, siguiendo los conceptos de *masculinidad hegemónica* y *masculinidades subalternas* de Raewyn W. Connell, es conocer el tipo de masculinidad normativa y dominante del franquismo, pero no quedarse solo ahí, sino conocer también la compleja red de relaciones de poder que ese ideal normativo de masculinidad estableció con diferentes modelos masculinos subordinados. El peso del valor del trabajo, la relación con los hijos y la familia, la construcción nacional española, así como la relación con las mujeres y los ideales de feminidad del franquismo son todos elementos que ayudan al autor a construir su argumento y desarrollar su hipótesis principal: que el orden de género franquista se fundamentó en la coexistencia de una pluralidad de masculinidades organizadas de forma jerárquica y autoritaria. Las fuentes de las que se ha servido el autor son muy diversas y van desde publicaciones producidas por las diferentes culturas políticas que alimentaron ideológicamente el régimen franquista, falangismo, nacionalcatolicismo y tradicionalismo, hasta secciones específicas de revistas dirigidas a niños, a jóvenes y a adultos, pasando por los principales textos normativos de la dictadura, manuales escolares y libros de consejos. El autor también se ha adentrado en producciones culturales como canciones, poesías, imágenes y películas.

*Masculinidades en vertical* está dividido en cuatro bloques «Cruzados y trabajadores» «Guardianes y austeros» «Modernos y aristócratas» y «Trabajadoras»

patriarcas», en los que se abarca una cronología más extensa de lo habitual para el primer franquismo —veinte años entre 1936 y 1959— que se justifica como la consecuencia de poner en relación acontecimientos de muy diverso orden: la guerra civil y la naturaleza fascista de la posguerra con la democracia orgánica y el desarrollismo. Un enfoque original que busca comprender, desde una perspectiva sobre todo cultural, el cambio social y las identidades de género, y para ello necesita aplicar una mirada de largo recorrido.

Los dos primeros bloques se centran en dos realidades distintas pero complementarias: el ideal de masculinidad marcial de la vanguardia de los sublevados y el ideal de trabajador, representativo de su retaguardia. Francisco Aguilar sostiene que ambos modelos de masculinidad fueron hegemónicos durante el franquismo. El arquetipo marcial se encumbró como dominante por las propias características del régimen totalitario que fusionó de forma radical el catolicismo, el nacionalismo y la violencia. Esta masculinidad marcial preservó su carácter violento y su «disposición combativa» a lo largo de todo el período en estudio. El trabajador, por su parte, buscaba dar forma al ciudadano común de la dictadura y, aunque este ocupó un papel subordinado al modelo del soldado, la vinculación de la masculinidad con el trabajo, la religiosidad y la nación fue imprescindible y el nacionalcatolicismo se volcó en ese proyecto, dando al trabajo una dimensión moralizante y redentora, y utilizándolo como el instrumento más eficaz para señalar la diferencia sexual: el trabajo como atributo propio de la masculinidad lo mismo que el hogar lo era de la femineidad. En todo caso, valores como el sacrificio, la constancia y la disciplina, tanto como el respeto a la jerarquía y el sometimiento a las órdenes superiores se encumbraron para todas las personas.

El tercer bloque explora cómo el ideal de masculinidad trabajadora acabó siendo dominante, una vez que la masculinidad marcial comenzó a declinar en los años cincuenta, aunque sin perder su legitimidad. La glorificación del trabajo fue crucial para potenciar el desarrollo económico y la adaptación al nuevo contexto occidental en el que productivismo y consumismo fueron ejes vertebradores del capitalismo de posguerra. Asimismo, el liberalismo y un cierto concepto de «libertad» facilitó una relación distinta con el trabajo, el consumo, incluso con la sexualidad, focalizándose, en palabras del autor, «en el individuo frente a la comunidad nacional, pero sin «liberarse» de sus resabios autoritarios, ultracatólicos y ultranacionalistas». De hecho, el empresario se situó en la cúspide del ideal de masculinidad, siendo condenados a la subalternidad los técnicos, los obreros y los campesinos. A su vez, todos ellos quedaron subordinados a una escala de mando donde se obedecía al de arriba y se era autoritario con el inmediatamente inferior.

El cuarto bloque tiene particular interés para la historiografía de género del franquismo puesto que introduce el análisis de cuestiones como el trabajo femenino, la familia y la domesticidad. El autor sostiene que la transformación económica de los años cincuenta trajo consigo una aceptación del trabajo femenino, desde su subalternidad, lo mismo que un nuevo énfasis en una paternidad me-

nos autoritaria y más responsable. Según Francisco Jiménez, se produjo una lenta aceptación de la conciliación laboral femenina, siempre que no erosionara su dedicación al trabajo doméstico, lo que consagró la doble jornada como fenómeno de la nueva situación. La implicación de los hombres en el mundo doméstico, sin embargo, no se produjo de forma paralela. El ideal del «salario familiar» había fortalecido la reafirmación del hombre como cabeza del hogar, volviendo a todos los miembros de la familia dependientes de él. Algunas críticas se lanzaron contra esa imagen fija y autoritaria del hombre sustentador y, aunque de forma tímida e indirecta, se empezó a demandar una mayor implicación afectiva y educativa de los hombres en los hogares.

*Masculinidades en vertical* es un libro esencial que cumple dos objetivos importantes: por un lado, nos introduce en unos escenarios desconocidos mostrando una realidad distinta y novedosa del régimen franquista y, por otro lado, pone en evidencia cómo la perspectiva de género permite conocer no solo las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino también las jerarquías entre diferentes modelos de masculinidad que, como plantea el autor, coexisten, pero con diferente legitimidad. Las masculinidades abyectas, concentradas en las figuras del homosexual, el desafecto o el vago fueron emasculadas, marginadas y castigadas por un régimen que naturalizó la masculinidad marcial y violenta o trabajadora y servil como las maneras de «ser hombre» en el franquismo.

*Miren Llona*